

Oscar Iván Calvo Isaza, *El Cementerio Central. Bogotá, la vida urbana y la muerte*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores/ Observatorio de Cultura Urbana, Colección Académica, 1998, 153 págs.

El libro recoge lo sustancial de la monografía de grado, idénticamente intitulada, que el autor sustentó en este Departamento de Historia en junio del presente año para optar por el título de historiador, bajo la dirección del profesor Bernardo Tovar Zambrano. Como lo prescribe la crítica histórica, aquí se reseña el original universitario, tanto más cuanto que en este caso la monografía presenta un texto más amplio y más reciente.

A la luz de la relación de la disciplina histórica con nuestra llamada sociedad civil, el mérito más destacado de Calvo Isaza radica en su capacidad para abordar con humor e inteligencia no exentos de ironía el tema de los cementerios y la muerte. El desafío no fue de poca monta pues, como lo subraya Ph. Ariès (*L'homme devant la mort*, París, Seuil, 1977), la laicización no impide que la muerte se haya convertido, como otrora el sexo, en el principal tema tabú del mundo moderno. La contribución de Calvo consiste no solo en ofrecer un trasfondo histórico para sus temas, sino en llevarlos a la conciencia del tiempo presente. En este sentido el texto le esclarece al ciudadano de Bogotá la cuestión de las coordenadas en las que se definirán probablemente la suerte de sus despojos.

En los versos de *La última despedida* de José Asunción Silva que a modo de epígrafe presiden el texto, se deja entrever la concepción del autor acerca de la muerte. La muerte se considera como una restitución a la tierra; la resurrección se concibe como la continuidad de los muertos en la memoria de los vivos y la vida humana como un momento en la historia de la eternidad. Todo ello aparece plasmado en una atmósfera exquisitamente sensual asociada con la luz, el sueño y la pureza. Y con la impresión de que lo esencial se revela con la muerte, en contraste con las formas aparentes y efímeras de la vida.

El autor define una tipología histórica para Bogotá en lo tocante al *enterramiento* de los cadáveres. Asegura que durante la Colonia toda los bogotanos habrían observado la costumbre medieval de enterrar a sus muertos en iglesias y conventos, aunque esta suposición merece ser documentada con excavaciones arqueológicas y cálculos demográficos. Es evidente que, para evocar solo un caso, muchos de los conquistadores no podían materialmente gozar del privilegio de ser enterrados en moradas eclesiales.

Hacia el fin de la Colonia -años 1790- comenzó a formularse y a debatirse el primer proyecto de erigir un cementerio extramuros, como parte de una política de salubridad pública destinada a aislar vivos de muertos -en Francia el decreto revolucionario del 22 pradiel del año XII (11 de junio de 1804) prescribió las inhumaciones en iglesias, templos o sinagogas. La diferenciación del cementerio y la justificación de su separación del núcleo urbano se basaba en consideraciones de orden científico-médico. Miguel Barnades, médico de Carlos III, había sido en España uno de los promotores de la idea, como su amigo y colega José Celestino Mutis

lo sería en este Nuevo Reyno de Granada a finales del siglo XVIII. El parisino Cementerio del *Père Lachaise*, inaugurado a fines del siglo XVII, se erigió como prototipo de este nuevo aspecto de la política urbana que entró en vigor en Bogotá hacia los años 1840, pero que todavía en los 1880 no había sido unánimemente adoptada por las élites capitalinas. A partir de los años 1950 aparecen los jardines cementerios calcados del modelo anglosajón y cedidos a perpetuidad.

Los cementerios tradicionales han sido sensibles al crecimiento demográfico fijando plazos cada vez más breves para la exhumación, con miras a economizar el espacio urbano. La cremación equivale a la miniaturización del cuerpo de los muertos, y conduce a una nueva disminución del espacio que se les estipula en el ámbito urbano. Pese a ello los muertos siguen incomodando a pesar de haber sido desplazados en dos ocasiones a la periferia urbana santafereña. ¿Cuál es la esperanza de vida del Cementario Central? Hoy por hoy los cementerios urbanos se hallan saturados -en el Japón solo los miembros de la familia imperial pueden ser enterrados en Tokio y desde 1985 el cementario de Arlington en Washington solo recibe expresidentes o condecorados militares a pesar de su 145.000 tumbas.

Los espacios construidos para los difuntos plantean cercanías y distancias con respecto a los vivos. La sepultura en unidades eclesiales localizadas en la circunscripción del barrio/parroquia hacía posible el contacto cotidiano de la familia con sus deudos, en el seno de una civilización católicamente definida. El cementerio extramuros plantea una distancia que el crecimiento de la ciudad ha ido disminuyendo hasta terminar por anularla, con las consabidas congestiones que ocasionan los morosos cortejos fúnebres, para no citar sino una de las mortificaciones que los muertos le plantean a los urbanistas. La cremación crea la posibilidad de una intimidad inédita de los vivos con los muertos, que hoy por hoy pueden coexistir en el seno de las familias nucleares.

Iglesia, convento y jardín-cementerio suponen la putrefacción. Con la invención de la cremación el individuo puede optar entre aceptar o anular la descomposición orgánica.

El espacio de la necrópolis refleja, refuerza y consagra la *estratificación social*. Es una idea que ronda a Oscar Iván en la construcción de su obra. La élites sociales, políticas, económicas, militares e intelectuales optaron por el Cementerio Central como última morada, durante el siglo que sucede a 1840; a partir de 1930 ingresan al Panteón Nacional los dirigentes de mutualidades y sindicatos, síntoma de las consagraciones que reserva la civilización técnico-industrial. Hacia los años 1950 comienza la emigración de los poderosos hacia los jardines-cementerio. Hoy por hoy tiende a generalizarse la práctica de la cremación en todos los sectores sociales.

A partir de los años 1950 los finados del anonimato popular comienzan a ser admitidos en el Cementerio, al punto que en la actualidad definen ampliamente la identidad de este camposanto. La popularización del Cementerio Central es cuantitativa -como ocurre con sus homólogos, los Cementerios del Sur y de Chapinero- pero, sobretodo, cualitativa. Uno de los aspectos más destacados de esta monografía es precisamente el de haber logrado definir con éxito al Cementerio como un nicho

insustituible para la observación de la religiosidad y en general de la mentalidad popular.

El Cementerio, declarado monumento nacional en 1984, también se define como espacio donde lo marginal desempeña un doble y paradójico papel protagónico. Por una parte continúa acogiendo a los protohombres de la República y por otra se erige en meca urbana de la magia, la hechicería, la santería, la brujería y los curas populares, sin olvidar a los santos del común y el culto del alma sola. El tráfico de cadáveres y esqueletos tienen allí su sede, para no hablar de la inseguridad y del lastimoso abandono del lugar. El Cementerio Central ejemplifica a cabalidad una erosión del ascendiente de la Iglesia y el Estado sobre los sectores populares. Resulta evidente que el Estado se ve en aprietos incluso para garantizar la integridad de los muertos.

La consideración del Cementerio como Panteón Nacional le dificulta al autor un examen más atento de los mausoleos asociados con la historia social de las familias de élite durante el periodo 1840-1950. También es nítidamente perceptible una asimetría entre el estudio prolijo de las concepciones y prácticas sociales relacionadas con la muerte y la religiosidad populares a partir de 1950, por una parte, y la ausencia de un análisis equivalente para las familias notables que figuraron entre 1840-1950, por la otra. El autor describe con detalle los rituales funerarios del general Santander en 1840 y los del pueblo raso de nuestros días, pero olvida las ceremonias fúnebres de los hombres públicos más eminentes de la actualidad y en particular las de los recientes mártires de la democracia. Esta opción le permitiría echar mano de fuentes radiales y televisivas.

Calvo Isaza hace gala de una espléndida imaginación histórica al definir y tratar sus fuentes combinando los métodos de la historia con los de la antropología. En primer lugar explora el tema en la tradición bibliográfica nacional, localiza en ella las contribuciones mayores y construye la historiografía del asunto. Entre los aportes decisivos merecen citarse Cordovez Moure, Alberto Urdaneta, José María Ibañez, Eduardo Posada, Enrique Ortega Ricaurte, Jesús Martín Barbero y Bernardo Tovar Zambrano. Otras de sus fuentes son:

- El propio espacio del cementerio considerado como monumento localizado en la Sabana de Bogotá e integrado de modo irreversible e involuntario al corazón mismo de la capital.

- El contenido arquitectónico formal e informal del cementerio, compuesto por lápidas (funerarias y de acción de gracias), mausoleos, esculturas, mobiliario y *graffittis*.

- Los anales de la institución, el Registro Municipal del Consejo y los Archivos del Consejo de Bogotá.

- El cementerio considerado como museo vivo captado mediante la metodología etnohistórica de la observación participante. El trabajo de Calvo Isaza será perdurable no solo por la solidez de su interpretación sino al menos por dos razones. El rigor y el gusto de su registro gráfico se combinan admirablemente con la paciencia

Reseñas

benedictina con que fueron observados y fijados los ritmos semanales y anuales de la vida cotidiana del cementerio, sin olvidar los rituales funerarios y las actividades más o menos marginales.

En Calvo Isaza se anuncia un colega audaz y prolífico que ha logrado el nada irrisorio privilegio de verse publicado a los 22 años.

José Antonio Amaya
Departamento de Historia
Universidad Nacional